



## La batalla del Guadalete.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(31 DE JULIO DEL AÑO 711.)

Los que por Dios inspirados,  
de los bosques de Germania  
á regenerar vinieron  
la gran sociedad humana;  
los que sóbrios en la paz  
y fuertes en la batalla,  
dentro de un cuerpo salvaje  
guardaron vírgen el alma;  
los que al progreso del mundo  
llevaron la idea santa

de libertad, de justicia,  
de religion y de patria;  
los que abatiendo el imperio  
de la soberbia romana,  
sobre las ruinas de Roma  
pisotearon sus águilas:  
enervados por el vicio,  
ya solo el licor lograba  
traer recuerdo á sus mentes  
del valor y la pujanza.

En la repugnante orgía  
fuerzas dejan y honra manchan;  
vierten licor y no sangre;  
hay festines, no batallas.  
Apenas el brazo débil  
sostiene la dura lanza,  
y truecan el hierro en seda  
y en vil adorno las armas.  
Ya las mujeres se rinden,  
y se pregonan las gracias,  
y existen pocas virtudes  
y abundan los que las pagan.  
La libertad está sierva,  
la independencia se amarra  
al yugo de los placeres,  
y ya no es crimen la infamia.  
Y aquellos alientos vírgenes  
de los bosques de Germania  
que á purificar vinieron  
la gran sociedad humana,  
fétidas nubes de muerte  
á los tres siglos pesaban  
en la atmósfera del mundo  
amenazando inundarla;  
mas pronto serán deshechas,  
que allá en las morunas playas  
está bramando el castigo  
por caer sobre las faltas.  
Por la salud de su obra  
Dios vela y remedios manda...  
Si hay germanos para Roma  
hay árabes para España.

## I.

Mientras el Conde su padre  
gobierna la Mauritania,  
vive Florinda en la corte  
de Don Rodrigo el monarca.  
Mucho la elogian los nobles,  
el vulgo la dice Cava;  
y pocos respetos tiene  
quien usa tales palabras.  
Murmuran que el rey la quiere,  
murmuran que ya es su dama,  
y hay quien blasona orgulloso  
de la pasión del monarca.  
Crece el rumor tanto y tanto  
que de ciertas cosas hablan  
aunque solo las vió un río  
y no hace favor contarlas.

Mas no es extraño que el Tajo,  
indignado al retratarlas,  
publicára con vergüenza  
el secreto de sus aguas.  
Palabras que honor mancillan  
son las que vuelan mas rápidas,  
y el Conde Don Julian sabe  
que en lenguas está su fama:  
es hombre, y rey quien le ofende  
y medita en ruín venganza  
la vida quitar al hombre  
y la corona al monarca.  
Traidora ambición le mueve,  
aunque invoca grave causa,  
dejando franco el estrecho  
á las hordas africanas.  
Tras apariencias de honra  
quiere ocultar sus infamias,  
¿pero cuándo la han tenido  
los traidores ni las Cavas?

## II.

Triunfantes en su carrera,  
después de franco el estrecho,  
van los moros ocupando  
todo el castellano suelo.  
Los godos vencidos quieren  
hacer el último esfuerzo  
y cerca del Guadalete  
han reunido sus ejércitos.  
La hora del combate llega;  
y Tarif con ronco acento  
así anima á los moriscos  
de valor y fuerza llenos.  
«Ya hemos vencido, africanos,  
»¿ahora sabeis lo que resta?  
»coger el botín que es nuestro  
»al miedo y á la impotencia.  
»A nuestros ojos se estienden  
»poderes, glorias, riquezas...  
»detrás el mar y la muerte,  
»¡sus! los hijos del Profeta.  
»Asia y Africa domamos  
»que son legiones de hienas,  
»temblando Europa el imperio  
»de sus naciones nos deja.  
»Ricos y hermosos palacios  
»han de ser nuestra vivienda,  
»en vez del hogar salvaje  
»que partimos con las fieras;

»del rojo color moruno  
 »vistamos toda la tierra  
 »y brille la media luna  
 »sobre todas las cabezas.  
 »Hoy no hace falta pujanza,  
 »hoy basta nuestra presencia,  
 »que con las manos desnudas  
 »al miedo vence la fuerza.  
 »Una raza corrompida  
 »hemos trocado en pavesas,  
 »que solo el fuego consume  
 »tanto caudal de vileza,  
 »y un puñado de cenizas  
 »se disipan, sin mas fuerza  
 »que el aire que levantamos  
 »al trotar de nuestras yeguas.  
 »Alá nos guie; Mahoma  
 »nos mira desde su diestra,  
 »quien fuere en la lid cobarde  
 »ó traidor ¡maldito sea!

En tanto que así platica  
 el atrevido agareno,  
 impaciente frente al moro  
 se agita el cristiano ejército;  
 del rey la llegada esperan  
 que al fin con lujoso séquito  
 de opulencia fastuosa  
 viene á dar último ejemplo.  
 De oro y marfil es el carro  
 que le conduce y en medio  
 aureo trono donde apoya  
 su débil gastado cuerpo.  
 No dejan ver los adornos  
 que va cubierto de acero,  
 y ricas piedras esmaltan  
 sus atalajes guerreros.

.....  
 A una señal todos marchan  
 ansiosos de pronto término  
 y las estendidas hondas  
 silban con ruido siniestro:  
 piedras, saetas y dardos  
 cruzan en alas del viento  
 la distancia que separa  
 la vida de los dos pueblos.  
 La sangre brota, la ira  
 invade todos los pechos,  
 y el ódio anima los brazos  
 con nervioso movimiento.

La muerte cruza los aires  
 sus víctimas eligiendo,  
 y las distancias se acortan  
 entre pavoroso estruendo;  
 al fin se encuentran las lanzas  
 con los acerados petos  
 y apagan rios de sangre  
 el resplandor de los yelmos.  
 Gritos, ayes de agonía,  
 amenazas, juramentos,  
 en confuso vocerío  
 pueblan los cansados ecos:  
 el polvo ciega la vista,  
 el hierro buscando cuerpos,  
 los caballos se revuelven  
 saltando sobre los muertos.  
 Todos luchan cual leones;  
 que no hay sitio para el miedo  
 donde el orgullo batalla  
 para quedar en su puesto:  
 uno cae: otro vacila  
 sobre el palpitante cuerpo  
 flaqueando al fuerte choque  
 de su lanza con el hierro.  
 Júntanse los enemigos  
 tan de cerca arremetiendo,  
 que se cruzan los alfanjes  
 con las hojas de Toledo.  
 Hondas se arrojan; y todos  
 confundidos, cuerpo á cuerpo,  
 disputan desesperados  
 existencia y triunfo á un tiempo.  
 Fuerte empuje los cristianos  
 ensayan; los agarenos  
 retroceden; la victoria  
 se inclina al cristiano esfuerzo.  
 Y cuando ya parecia  
 llegado el ansioso término,  
 la traicion llegó al combate  
 mandada por el infierno.  
 Don Julian y el buen obispo  
 Don Opas, con su cortejo  
 nata y flor de los villanos  
 mas de nobleza herederos,  
 contra su Dios y los suyos  
 se vuelven y el fuerte peso  
 la ya vencida balanza  
 vuelve á poner en el centro.  
 .....  
 Cunde el asombro; los moros

lo aprovechan, y al despecho  
y la vergüenza sucumben  
muchos que respeta el hierro.  
El desórden y la ira  
son bien malos consejeros,  
si la traicion y la fuerza  
atacan al mismo tiempo.  
En vano los capitanes  
á los cristianos dispersos  
quieren juntar á sus voces  
aunando el último esfuerzo.  
En vano los mas leales  
de sangre y sudor cubiertos  
se lanzan impetuosos  
del peligro en lo mas recio.  
En vano el rey Don Rodrigo  
presa de insensato vértigo  
monta en su caballo Orelia  
y anima con el ejemplo.  
Todo es inútil; los moros  
con irresistible empeño  
hieren, destrozan y matan  
por tres costados diversos  
y en impotente delirio,  
sin poder matar, muriendo  
la raza goda y su trono  
hallan espantoso término.

La germana monarquía  
cual trono podrido y hueco  
hundióse al primer embate  
del huracan del desierto.

En tanto el corcel real  
llevaba en alas del viento  
al monarca desgraciado  
con la muerte por consuelo.  
Atrás la crin levantada,  
la pupila echando fuego,

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

salpicado en sangre el vientro  
y lleno de espuma el pecho;  
el freno roto y con ansia  
la sedienta boca abriendo  
en el ancho Guadalete  
quiso apagar sus deseos.  
Despareció entre las aguas  
que en extraño movimiento  
al ginete separaron  
con remolinos diversos  
y en ondas de sangre goda  
hundióse el mísero cuerpo  
de aquel monarca que solo  
para morir supo serlo.

Así acabó la jornada  
que en los renglones mas negros  
de las páginas del crimen  
un nombre dejaba impreso,  
mientras unos cuantos hombres  
caminaban á lo lejos  
una cruz y una bandera  
á guarecer en un cerro.  
La fé y Pelayo los guian  
llevando en su noble pecho  
la independendencia, la honra  
y la religion de un pueblo.

Patria: ven á la ribera  
á mirarte en el espejo  
del Guadalete: no olvides  
que tienes el rostro enfermo.  
Que Dios vé que tu alma débil  
va corrompiendo tu cuerpo,  
¡y vé que no te han bastado  
ocho siglos de escarmiento!

J. C. y S.

MADRID: 1871.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.